

---

## A PROPÓSITO DEL EXTRINSECISMO Y DE LA CRISIS MODERNISTA

Marcel Légaut – François Varillon (¹)

*Padre Varillon*

Cuando acepté el diálogo de esta noche, pensaba que sería completamente diferente de nuestro debate anterior, en París, en 1971. No había leído el librito que lo recogía ni mirado con suficiente detenimiento sus obras publicadas después –tal como hay que hacer siempre con un escritor como usted, cuyas afirmaciones más abruptas recubren, a veces, un arco iris de matices. Ahora ya es tarde, y pienso que, dado el tiempo transcurrido entre aquel debate parisino de 1971 y éste lionés de 1977, es inevitable que haya muchos retoques que hacer. Todos los temas que abordamos en París eran esenciales. En consecuencia es imposible pasarlos por alto esta noche, siendo, además, los que más nos interesan, tanto a usted como a mí. Se trata de la fe cristiana y de la Iglesia, nuestra Madre (²).

Aunque retomemos los temas de nuestro diálogo de 1971 para intentar abordarlos desde otra perspectiva, me gustaría decirle que creo haber comprendido mejor los orígenes de su trayectoria. Los dos sentimos la misma aversión, a la vez visceral y meditada, por lo que se conoce como el *extrinsecismo*, palabra creo que forjada por Maurice Blondel. Usted lo expresa muy bien cuando escribe:

---

(¹) Este fragmento pertenece al libro: Marcel Légaut – François Varillon, *Deux chrétiens en chemin*, París, Aubier Montaigne, 1978, p. 13-25. El encuentro se celebró en el Centro Kierkegaard de Lyon. En nota, en la contraportada de la primera edición de este libro, se indica que el P. Varillon falleció, a la edad de setenta y tres años, diez meses después.

(²) Esperamos editar los dos diálogos Légaut-Varillon próximamente en un único libro.

No hay ley que pueda imponerse de manera extrínseca sin ser, de alguna forma, alienante. Para que una ley se convierta en un camino de libertad y no sea principalmente ocasión de transgresiones y de represiones, es indispensable que el hombre no se limite a obedecerla por disciplina o por buena disposición sino que pueda llegar a observarla porque ha podido comprender que está bien fundada (III 47 <sup>(3)</sup>).

Lo que usted dice coincide con lo que dijo el Padre Auguste Valensin en 1911:

Hay un principio al que el pensamiento moderno se adhiere de forma susceptible y celosa [...] y que puede formularse así: aquello que no responde a una llamada o a una necesidad, aquello que no tiene en el hombre su punto de enganche, su prefiguración o su empalme, aquello que es, pura y simplemente, exterior no puede ni penetrar en su vida ni dar forma a su pensamiento, y es radicalmente ineficaz, a la vez que inasimilable [...]. Hablar de una obligación totalmente exterior es enunciar algo ininteligible.

Pues bien, los dos hemos conocido, cuando éramos estudiantes, personas que padecieron un período de persecución –de “terror intelectual” podríamos decir– que hizo estragos en la Iglesia de Francia a principios de siglo. Si pudiera usted comentar las páginas que usted

---

<sup>(3)</sup> “III” hace referencia, en el texto, al libro de Légaut: *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (París, Aubier, 1975). Légaut consideraba este libro como una tercera parte, continuación de los dos tomos de su obra *El cumplimiento humano*, compuesta por *El hombre en busca de su humanidad* (Madrid, AML, 2001) y por *Introducción a la inteligencia del pasado y de l'avenir du cristianisme* (París, Aubier, 1970) que, en castellano, es la suma de *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo* (Madrid, AML, 1999) y *Creer en la Iglesia del futuro* (Santander, Sal Terrae, 1988). La articulación de los tres tomos según Légaut era la siguiente: si el tomo I se refería al hombre y el tomo II, al cristianismo, Légaut escribió el tomo III pensando, más concretamente, en el catolicismo. Este tomo III no está traducido entero en castellano, pero se ha publicado alguno de sus capítulos en los *Cuadernos de la Diáspora*.

tituló *Intelección de la búsqueda llamada modernista* (III 307 <sup>(4)</sup>), esto ayudaría a comprender, a nuestro auditorio, lo que fue ese extrinsecismo, nada inteligente y autoritario, que en parte explica la crisis actual de la Iglesia. Usted piensa, además, que –le cito– :

la Iglesia oficial organizó un verdadero *black-out* <sup>(5)</sup> con objeto de que los cristianos permaneciesen en la ignorancia de las conductas untuosamente policiales y brutalmente eclesiásticas que se desencadenaron en aquella época» (III 239 <sup>(6)</sup>).

*Marcel Légaut*

Nací con el siglo, en París, en un clima de cristiandad aún intacto. Los años de catequesis hasta mi primera comunión y mi confirmación al cabo de dos días, a la edad reglamentaria de once años, y los años de “catecismo de perseverancia”, cada domingo del año escolar hasta los diecinueve, consistían en mucha enseñanza doctrinal acompañada de numerosos cantos. Esta catequesis me dio una formación religiosa cuyo valor reconozco a pesar de que se impartía de forma autoritaria, sin ningún cuidado por indicar su conveniencia íntima ni esfuerzo alguno por enraizarla en lo profundo de uno mismo. Aunque era extrínseca, perfecta y como impuesta directamente en nombre de Dios por la Iglesia –cuya autoridad infalible era incuestionable ya que era unánimemente aceptada–, esta formación me fue útil al principio pero hubiera sido realmente alienante después. Los ejemplos de tal alienación ulterior son numerosísimos y yo hubiera podido ser uno de ellos de no haberme visto conducido, a lo largo de mi vida –cosa que todavía continúa–, a criticar lo que se me enseñó y a desarrollarlo en una dirección que ni de lejos entraba en los horizontes en los que me educaron.

---

<sup>(4)</sup> Esta cita pertenece al Anexo II, que es el escrito anterior de este mismo Cuaderno.

<sup>(5)</sup> *Black-out*: apagón informativo. En inglés en el original.

<sup>(6)</sup> Ver *Cuaderno de la diáspora* 15, Madrid, AML, noviembre 2003, p. 98.

A los diecinueve años, cuando entré en la Escuela Normal Superior, tuve la suerte de conocer a Monsieur Portal, un lazarista que era de hecho el capellán de los estudiantes católicos del “grupo tala” gracias a la iniciativa de Edouard Le Roy, con quien M. Portal mantenía una estrecha relación a pesar de los reproches que se le hacían por dicha amistad dado que la Autoridad tenía muchas sospechas acerca de la ortodoxia de este laico eminente. Durante siete años, recibí mucho de M. Portal, sobre todo durante los tres últimos años de su vida pues falleció en 1926. En aquella época, yo era ya, en cierto modo, un veterano en la Escuela pues trabajaba en mi tesis mientras hacía de agregado-preparador. M. Portal, a través de lo que nos decía en las reuniones semanales que teníamos, a través de los conferenciantes que invitaba para mejorar nuestra formación, pero también –y quizá sobre todo– a través de las conversaciones que tuve con él en privado –conversaciones que también tuvo con muchos otros miembros del grupo–, me enseñó que todo joven intelectual tiene que alcanzar una cultura religiosa a la altura de sus conocimientos en su propia disciplina si quiere ser auténtico en su vida espiritual y si quiere que ésta no acabe siendo un traje cada vez más gastado y anticuado por la edad y por el tiempo. La enseñanza que yo había recibido hasta entonces era tan extrínseca que no me preparaba para este tipo de cultura. Y lo menos que puedo decir de dicha enseñanza es que no me encaminaba a una cultura como la que nos descubría M. Portal que debíamos conseguir sino que, más bien, me apartaba de ella.

Todo esto fue una verdadera revelación para mí, que era de temperamento tímido y escrupuloso y que ni por asomo pensaba en cuestionar lo que se me había enseñado en el catecismo. Sólo pensar en hacer un tipo de crítica así me hubiese parecido una tentación o incluso un pecado contra la fe. Ciertamente, no comprendí en seguida lo que recibí de M. Portal en aquellos años. Apenas si tenía veinte años entonces y, a esta edad, en aquel tiempo, todavía se era muy infantil. Además, yo no era sino un simple matemático, muy apasionado por la geometría –eso sí–, hasta el punto de despreciar incluso otras disciplinas para las que –dicho sea de paso– mis capacidades

eran muy limitadas. Sin embargo, poco a poco, lentamente y no sin avances y retrocesos, lo que recibí implícitamente emergió en mi conciencia. Fue obra de esa especie de trabajo secreto, al que acompañan la audacia y a veces la timidez, que permite que las afirmaciones escuchadas antaño reaparezcan después, en la memoria, cargadas de un nuevo sentido y con un alcance distinto.

Así es como nació en mí una nueva actitud global, más que un conocimiento preciso. Esta especie de visión general, totalizante, se ha ido desarrollando, desde entonces, sin cesar, bien explícitamente o bien de forma subyacente, en medio de una cierta inseguridad; inseguridad sentida oscuramente pero nunca realmente temida salvo en contados momentos. Probablemente, de haber sido plenamente consciente, este nuevo espíritu que apuntaba en mí me habría inquietado mucho e incluso escandalizado al comienzo, cuando mantuve aquellas conversaciones.

Me siento en la línea espiritual de M. Portal pero no me fundamento en él ni me baso en su autoridad. Él era de su tiempo y yo soy del mío. No me cabe la menor duda de que, cuando recibí sus confidencias, tampoco él sabía lo que estaba sembrando en mí. Sin embargo, no creo que le entristeciera lo que luego brotó en mí gracias a él. Seguramente no le sorprendería lo mío pues respondía, en cierto modo, a una secreta esperanza suya. ¿Acaso incluso lo deseaba? Este pensamiento me viene cuando recuerdo algunas cosas que me dijo, como de pasada... M. Portal era suficientemente perspicaz como para prever que la crisis hacia la que la Iglesia se encaminaba lentamente –crisis que se gestaba desde hacía tiempo– iba a ser importante. Pero también esperaba que la Institución podría circunscribirla y resolverla a tiempo... Él se centraba en dedicarse a preparar la siguiente generación de creyentes, la que tendría que ocuparse de ello. Víctima de las primeras represalias de dicha crisis en la época del modernismo y de su represión, no pudo medir, sin embargo, la dimensión, la gravedad y el carácter capital que esta crisis adquirió después. No podía imaginar la aceleración y la caída en vertical que estamos viviendo hoy en día.

A lo largo de su vida, fueron muchas las ocasiones en las que M. Portal tuvo que sufrir severamente de la Iglesia. Sin embargo, permaneció muy unido a ella con una fidelidad que muchos, hoy en día, ya no saben observar. Tenía mucho empeño en hablar de este padecimiento al grupo. Hacía hincapié no en sus propias penas, de las que se desahogaba en la intimidad, sino en las pruebas por las que todo cristiano debe pasar, de una u otra forma, si no se limita a dejarse llevar por la Iglesia y a buscar su confort religioso en ella, y comprende, por el contrario, que su deber es sentirse responsable de ella. Cargar con ella se descubre entonces que es indispensable para que la Iglesia viva una presencia en el mundo que, en el fondo, le permite cumplir su misión. ¿Acaso no debe el cristiano soportar a la Iglesia con paciencia y esperanza cuando, por falta de fe, por sagacidad política o incluso por senectud, ésta se retrasa y se detiene a mirar hacia atrás con excusa de servir mejor al futuro...?

La Iglesia es nuestra madre y nuestra cruz. Tal es su doble papel de santificación; papel que es tan suyo que llega a serle específico por lo que comporta de necesario y de extremo. Nuestra madre, pero también una cruz. De ningún modo debemos desposeerla de este segundo rol o bien sirviéndola servilmente o bien abandonándola –dando un portazo o de puntillas– por haber desesperado de ella... Mediante la perseverancia silenciosa de una fidelidad hostigada por tristezas e indignaciones, podremos aproximarnos, en cambio, en la medida en que nos corresponda, a lo que Jesús mismo vivió en Israel; él, que se sentía llamado a consagrarse a las «ovejas perdidas» de su pueblo costase lo que costase: si fuese necesario, solo y frente a todos, sin importarle la autoridad, la unanimidad o el poder que se le opusiesen. ¿No es éste el camino o, mejor dicho, el único camino que lleva a que la fe se arraigue en la profundidad de lo que uno es y a que ésta se sitúe en la desnudez de lo esencial?

¡Cuánto le agradezco, Padre Varillon, lo que usted acaba de decir con tanta rotundidad y claridad, además! La Iglesia hizo sufrir, en efecto, a muchos grandes cristianos de principios de siglo –por no hablar de los de tiempos anteriores. Ellos fueron las víctimas de

la represión policial que la Autoridad creyó deber y poder ejercer entonces para conseguir acallar las cuestiones que planteaban algunos cristianos auténticos, con ocasión del progreso de los conocimientos, sobre las expresiones de la fe y sobre el contenido de las creencias. La Jerarquía de la época sólo supo responder a estas cuestiones con una ironía y con un desprecio cuyo secreto parece ser algo muy suyo frecuentemente.

Estas mismas cuestiones siguen planteándose en nuestros días, a menudo a partir de problemáticas nuevas. Por eso adquieren mayor dimensión incluso. Nunca podrá ser definitivamente impedida la verdad. «Mis palabras no pasarán» es lo que el Evangelio pone en boca de Jesús. La verdad finalmente libera aunque, en un primer momento, pueda parecer vertiginosamente peligrosa. Si los católicos de cierta edad hicieran memoria, y si hubieran recibido... o si no recibiesen, aún hoy, una formación religiosa no sólo apologética y sistemática sino bien pensante y pueril además, sabrían que muchas de las tesis consideradas heréticas a principios de siglo –y que las máximas autoridades de la época condenaron enérgicamente–, son, actualmente, conceptos casi banales de tan evidentes; lo cual dificulta aún más comprender cómo fue posible que merecieran semejante rechazo hace relativamente poco tiempo...

*Padre Varillon*

Estoy totalmente de acuerdo con usted sobre lo que pasó en la época del modernismo: desgraciadamente, predominaron la delación y la represión; «represión salvaje», dice el Padre Bouyer. Sin embargo, yo sería más moderado que usted en dos puntos. Por una parte, no creo que hoy la Iglesia “oficial” –por retomar su expresión– “fomente” sistemáticamente el silencio sobre aquella época. Hoy se puede escribir una historia seria sobre el modernismo sin riesgo de censura. Y tenemos a nuestra disposición la apasionante correspondencia Blondel-Laberthonnière, Blondel-Wehrlé, Blondel-Bremond, y Blondel-Valensin. Por otra parte, me parece excesivo decir que «algunos creyentes, verdaderos pioneros, inician hoy un camino» libre, por fin, de todo extrinsecismo, «a pesar de la Iglesia»

(III 308 (?)). Por ejemplo, la Jerarquía no ha molestado, que yo sepa, a las comunidades fundadas y animadas por Marcel Légaut. ¿Acaso me equivoco, o pecco, quizá, de ingenuo?

*Marcel Légaut*

A partir del Vaticano II –aparte de que es de esperar que no retrocedamos suavemente, a la italiana, al Vaticano I–, ha habido, ciertamente, una apertura de la Iglesia desde el punto de vista exegético y filosófico, aunque quizá no tanto en materia de teología y ciertamente menos en cuestión de vida espiritual... A decir verdad, esta apertura ha sido mayor en la vertiente política, cosa que conlleva algún peligro para el interés específico que, como creyente, uno debe tener por los temas que atañen a la interioridad y a la fe. Además, conviene no olvidar que esta apertura responde, principalmente, a las preocupaciones generales de las generaciones actuales más que al vigor espiritual de los mismos cristianos. Me gustaría creer –y cierro los ojos por prudencia– que la Jerarquía ha autorizado esta apertura no por una debilidad propia de quien ya no sabe cómo hacerse obedecer, o de quien ya no sabe qué camino tomar, sino por una creciente intelección espiritual de su misma función de autoridad, cuyo papel es gobernar el presente previendo el futuro y preparándose para poder estar a su altura. Por desgracia, ¿no cree usted que, de hecho, la Autoridad, más que permitir esta apertura, ha sido arrastrada a ella y como empujada a pesar de sí misma, dado que ni la había previsto ni preparado en absoluto?

La correspondencia entre los grandes de este principio de siglo, es efectivamente, muy clarificadora. Mucho más que sus escritos – los que pudieron aparecer, siempre tan filtrados y tan tamizados que pueden interpretarse de mil maneras, más aún que las profecías que anuncian futuras catástrofes... ¡Qué bien estaría que los cristianos de hoy los leyeran y meditaran! Sin embargo, me temo que estos libros permanecerán en los anaqueles de las bibliotecas donde el polvo se acumula y huele a flores marchitas...

---

(?) Ver Nota 3.



Podrían hacerse algunas reediciones que serían de gran impacto. Por ejemplo, *En torno a un pequeño libro*, de Alfred Loisy. Pero, ¿quién se atrevería a hacerlo contando con el riesgo comercial y los posibles problemas con la Autoridad? Son muy raros los exegetas católicos que mencionan a Loisy entre las abundantes referencias de sus trabajos; trabajos penetrados, no obstante, del espíritu y del método de aquel precursor, y que van más lejos de lo que él se atrevió a pensar y a escribir. Como excusa se suele decir que la problemática ha cambiado pero, a decir verdad, ¿es sólo por eso por lo que no lo citan? Creo, más bien, que si se procura minimizar el interés que tendrían estas reediciones es para soslayarlas mejor. Sin embargo, la verdad es que este interés es real porque sólo al cabo de cincuenta o de cien años después de haber comenzado los especialistas es cuando muchos cristianos de entre los más formados empiezan a plantearse ahora tímidamente cuestiones de exégesis y de otras tantas áreas que conciernen a la fe si bien, la mayoría de las veces, lo hacen de forma implícita únicamente, lo cual lastra sordamente su vida espiritual.

En cuanto a los grupos Légaut –obviamente no me refiero al grupo al que pertenezco desde hace más de cincuenta años–, permítame decirle, no sin una sonrisa, que no existen. Son una leyenda. Los escasísimos grupos de los que tengo conocimiento no han sufrido, en efecto, ninguna molestia por parte de la Jerarquía, pero también es verdad que tampoco recuerdo que hayan recibido de ella ningún tipo de aliento. En cualquier caso, me queda el temor de que, por influencia de Monseñor Lefebvre y de los discretísimos aliados que puede tener –en la Curia, el Episcopado y algunos monasterios–, no hayan algunas regresiones hacia las costumbres eclesíásticas del pasado; regresiones pasajeras, sin duda, porque, al fin y al cabo, serán estériles. Un anciano como yo se sometería, no sin un considerable sufrimiento interno, desde luego, pero también es verdad que sin desaliento ni desesperanza. Me doblegaría pero no me rompería. Esta eventualidad me ayudaría a emprender mi retiro. Es muy difícil para un anciano detenerse y tanto más cuanto más viejo se es... Demasiado a menudo,

para muchos, detenerse es morir... Para mí, sería preparar el futuro a través de una fidelidad que sería propiamente plegaria. Prepararía así el futuro mucho mejor que aquellos que creen tener el poder de dirigirlo...

*Padre Varillon*

Antes de continuar, me gustaría recordar que el extrinsecismo no surgió en la época de la reacción antimodernista. El extrinsecismo está en la esencia del tradicionalismo, no digo de la Tradición. Cuando se le lee a usted con lupa, se ve que usted está unido a la Tradición, como yo. Me refiero, en cambio, al tradicionalismo de Bonald y de Joseph de Maistre, que envenenó casi todo el siglo XIX incluso cuando la Iglesia lo condenó formalmente en el concilio Vaticano I como «el error –cito al Concilio– que admite en el hombre una verdadera impotencia física de alcanzar el conocimiento o la certeza de la existencia de Dios independientemente de la Revelación». Revelación que los tradicionalistas concebían, precisamente, de forma extrínseca, como dada en el origen de la historia humana y transmitida, de mano en mano, como un objeto y con una pasividad de conciencia pura y absoluta. Es sabido que el primer Lamennais pensaba como de Maistre y Bonald, pero no es inútil señalar que el segundo Lamennais fue tan extrínseco como el primero: no hizo más que transferir al instinto popular la infalibilidad que había atribuido antes a los príncipes. Esto no disminuye en nada, sin embargo, nuestra admiración hacia Lamennais por las páginas excepcionalmente bellas que escribió. Pero, para terminar esta Introducción, podemos –me parece– afirmar nuestro acuerdo con estas líneas del Padre Bouyer:

Cuando la Tradición no es más que la transmisión de fórmulas y de comportamientos que se suponen dictados, en el origen o en el momento que sea, por una autoridad totalmente exterior a la conciencia, de manera que ésta no tiene más que recibirlas,

sin poder hacerlas suyas porque, en tal caso, las adulteraría, la Tradición, entonces, no es, de suyo, más que una rutina esclerotizada.

*Marcel Légaut*

¡Cómo no sumarme a esta afirmación!